

CONDICIÓN ANÍMICA DEL AHORA
Glosa libre en torno a la propuesta de Leonardo Polo
sobre el tiempo a la vista de la aristotélica

JORGE MARIO POSADA

Documento recibido: 10-XI-2010

Versión definitiva: 10-XII-2010

BIBLID [1139-6600 (2011) n° 13; pp. 187-213]

RESUMEN: Leonardo Polo propone diversidad de tiempos de acuerdo con su diferencia con respecto a la *presencia mental* como actualidad, de la que cabe, a su vez, diferenciar el *ahora*, si bien una y otro son de condición anímica. Se proponen distintos niveles de conocimiento del *ahora* en lo sensible, mas no sin la objetivación intelectual de lo circular, con base en una interpretación de la noción aristotélica de *hò pote ón*.

Palabras clave: tiempo, ahora, instante, presencia mental, actualidad, *hò pote ón*, Polo, Aristóteles.

SUMMARY: Leonardo Polo proposes diversity of times according with its difference with regard to the *mental presence* as actuality, from which it is necessary to differ, in turn, the *now*, though one and another are of mental condition. We propose different levels of knowledge to understand the *now* in the sensible things, but not without the intellectual circular objectivation, based in an interpretation of the Aristotelian notion of the *hò pote ón*.

Key words: time, now, instant, mental presence, actuality, *hò pote ón*, Polo, Aristotle.

I

A partir de Heidegger, y frente a Husserl, con lo que a san Agustín, denuncia Derridà que en la entera filosofía occidental se equiparan las diversas fases temporales con modalidades del presente, a saber, con su retención (o “retensión”, de “tener” antes que de “tentar”), el pretérito, o *praesens de praeteritis*, y con su “protensión”, o *praesens de futuribus*, el porvenir; planteamiento que, al cabo, no deja de pender del de Aristóteles, mantenido asimismo por santo Tomás de Aquino, para quienes tanto la esencia cuanto, tal vez, incluso la existencia del tiempo, estribarían en el ahora tomado como cierto presente, que si no como un tiempo mínimo, al menos fugaz y caduco, o acaso fluyente, *nunc fluens*, según los neoplatónicos, en los que también se apoya el Aquinate (por más que, como luego observará Nietzsche, a través del ahora a manera de umbral fluiría el futuro hacia el pasado, o al revés, si según el círculo del eterno retorno).

Por su parte, acertando con el método para llevar adelante el programa que, con base en averiguaciones tanto de Dilthey cuanto de Kierkegaard y de Nietzsche, esboza Heidegger de superar dicha común orientación en filosofía de apenas de acuerdo con la presencia tematizar el ser, y no sólo el tiempo, aguzada en la pretensión de Hegel de a presencia absoluta elevar el tiempo entero, sin más asimilado al histórico concerniente al arbitrado proceso de irrupción de la totalidad de las determinaciones esenciales, Leonardo Polo entiende el tiempo como *indicio* de la irreductible distinción real de esencia potencial y acto de ser, según la que, de manera compatible con la creación divina, continúa santo Tomás la filosofía aristotélica, centrada en las nociones de acto y potencia, pero sin de ninguna manera admitir que puedan la esencia y el ser entenderse mediante la presencia como actualidad, sino tan sólo al *abandonar* el *límite mental* que la caracteriza¹.

* * *

De esa suerte, cabe glosar, el tiempo indica el dinámico y potencial distinguirse real, mas en modo alguno “actual”, que, por así decir, es “inherente” a la “actuosidad” primaria, equivalente al acto de ser creado; bien entendido que también comporta distinción real ese real distinguirse de la esencia y el acto de ser, pues de ninguna manera cabe reducir, uno a otro, el de la realidad extramental y el de la personal.

Luego aparte de que, como potencia del acto de ser extramental, la esencia física involucra una pluralidad de movimientos acompañados o seguidos, a su vez, por tiempos diferentes, tampoco es viable a esta pluralidad temporal asimilar la no menos plural temporalidad de la esencia de la persona humana, que ni siquiera queda sin más recogida en el tiempo histórico.

Y por ser los diversos tiempos indicio del distinguirse real en el que estriban las esencias potenciales realmente distintas de los distintos actos de ser creados, en cuanto que irreductibles, aquéllas y éstos, en su, por así llamarla, “actuosa” condición a propiamente dicha actualidad, son esos tiempos diferenciables en la medida en que, con respecto a cada una de dichas esencias, justo de distinta manera es distinta la *presencia mental* reducida a actualidad.

Porque aun si de ordinario se toma la actualidad presencial como una fase del tiempo, es, más bien, como Polo ha propuesto, propia y exclusiva del ínfimo nivel de la humana actividad intelectual, el objetivante, de acuerdo con la condición, por el Estagirita descubierta, de acto perfecto (*enérgeia*

1. En cursiva se destacan, fuera de las palabras en otros idiomas, las nociones propias de Polo, mientras que entre comillas aquellas con las que con libertad, se glosa su planteamiento.

teleía) como acto que lo es, tan sólo y de entrada, en su fin o culminación², o que es, como acto, estricta o *commensuradamente coincidente* con su culminado *acontecer*, según lo que equivale a la intelección restringida por el límite mental, cifrado, a su vez, en la constante *unicidad* y *mismidad* de lo intelectualmente objetivado³.

En esa medida, en cuanto que comporta una actuosa posesión de fin, la presencia según actualidad es de condición mental y, propiamente, intelectual, aun cuando de nivel ínfimo, de modo que, también por eso, equivale a cierta *exención* con respecto, de entrada, a los tiempos del universo físico e, incluso, a los del propio cuerpo humano y, no menos, en el ámbito psíquico que le compete, así que elevándose sobre esa plural temporalidad, o “sobrepasándola”, lo que le permite articular entero dicho tiempo, en orden a iluminarlo, remitiéndose a él sin restricción, mas sin totalizarlo.

Pero, asimismo, siendo actuosa no más que en su condición culminada, la presencia mental como actualidad se exime respecto de los diversos tiempos del mundo humano y de los de la actividad espiritual, íntima, de cada persona, aun si éstos, por así decir, la “envuelven”.

De donde la pluralidad de tiempos indicativa del distinto distinguirse real que como esencia potencial es inherente a los actos de ser distintos, puede ser diferenciada antes que comparando las distintas esencias con la presencia mental según actualidad, más bien, y siempre que, según el objetivar, o como actualidad, se *detecte* la limitación que la restringe, porque a través de cierta “discrepancia” de ésta con respecto a ellas, cabe, a su vez, “discriminarlas”.

Y es que notar que el inteligir según objetivaciones equivale sin más al acto perfecto, o acto como actualidad, esto es, en estricta o conmensurada coincidencia del acto con su fin, se equipara —puede sugerirse— con detectar el límite mental característico de la condición de presencia que a ese nivel intelectual compete, pues lo entonces inteligido se cifra en mera objetivación de un tema como término de intencionalidad, por lo que al objetivar se inte-

2. Cf. *Metafísica* IX 6, 1038b 18-35.

3. Por su parte, puesto que la intelección como acto perfecto es “actuosa” de antemano bajo la condición de fin, no necesita la de principio; inteligir es acto más alto que principal, a saber, acto, “avance”, “intrínsecamente dual”, de donde *transparente* o luciente, aun cuando como *luz iluminante* o presencia mental si según el acto luciente luce no este acto, sino un término de tal lucir; luz iluminante que, en el nivel más bajo, acontece limitada, o como presencia mental según estricta actualidad, esto es, que, al estribar, como actuosidad intrínsecamente dual, en luz, mas por tan sólo coincidir, como avance, con su culminación, es acto iluminante de manera limitada, esto es, inteligir apenas objetivante, o según el límite mental.

lige sólo según *lo uno*, único, y *lo mismo*, o constante, de donde según lo carente de incremento intrínseco en cuanto a su “importe” intelectual respecto del tema.

* * *

De otro lado, cifrándose la presencia mental en acto sin ningún tipo de potencia, o según sola actualidad, al *introducirse* en el vivir humano de acuerdo con la condición del inteligir objetivante, comporta la *articulación presencial del tiempo*, por lo pronto, de las fases temporales de la sensibilidad interna, y articulación con la que en el vivir de cada hombre comienza el “conjugarse” de la vida espiritual con la corporal, aunque en el ámbito meramente psíquico que a ésta concierne.

Paralelamente, en cuanto que la vida humana intelectual comienza según el conjugarse del inteligir con el sentir, la articulación presencial del tiempo involucra una precedente articulación de fases temporales en el nivel sensitivo, de acuerdo —asimismo se sugiere— con el ahora, antes que según la presencia mental, y ahora que, por su parte, no sin más equivale al instante, propio de la imaginación en tanto que elemento indivisible dentro de una serie, e implicado, a su vez, en la idea de infinitésimo —de movimiento, por lo que asimismo de tiempo—, prevalente en la moderna comprensión físico-matemática del universo.

Sin embargo, puesto que apenas se detiene Polo en torno a la distinción entre la presencia mental según actualidad y el peculiar “conato” de presencia característico del ahora, puede resultar oportuno destacar lo propio de éste, también porque en vista de él desarrolla Aristóteles su estudio sobre el tiempo, al igual que, posteriormente, mas sin discernirlo del instante, y en tanto que concierne a la libertad humana, aun si reducida al ámbito de la voluntariedad, centran Kierkegaard y Nietzsche su propuesta alternativa frente al planteamiento de Hegel, tanto como la suya frente al de Husserl, Heidegger, inspirándose, por lo demás, en la noción bíblica del hoy o ahora como ocasión favorable de salvación.

A continuación se condensa un trabajo donde, en libre glosa a la propuesta poliana, se discute la aristotélica comprensión del tiempo centrada en el ahora, con el propósito de afrontar la indiscriminada unificación de la temporalidad tanto en el pensamiento antiguo cuanto en el moderno desde la física matemática, también contemporánea, o en las filosofías posthegelianas a la manera de la de Heidegger, en la que, de seguro a la vista, asimismo, de la judeo-cristiana historia de la salvación, se generaliza el tiempo histórico, incluso como historia del ser de acuerdo con el darse de éste en apertura al

hombre; unificación, a la par, de la que tampoco se libran las digresiones postnietzscheanas como la que despliega Derridà.

II

Pues bien, según Aristóteles el tiempo acompaña o sigue (*akolúthei*) el movimiento, aunque indiscernido éste del cambio, que, entonces, puede valer respecto de actividades superiores a las físicas, y de manera que, más bien, si a la par se atiende a la continuación tomista del aristotelismo, acompaña o sigue la condición de cualquier acto de ser realmente distinto del que comporta Plenitud según *Identidad originaria*, en cuanto que conlleva, aquél acto, un intrínseco, pero nunca completo ni definitivo, distinguirse real de la actuosidad, de donde potencial o dinámico, y cuyo indicio, justamente, es la diversidad temporal, de suyo, jamás presencial ni, menos, totalizable⁴.

Luego si el tiempo pertenece, pues lo indica, al dinamismo o potencialidad de los distintos actos de ser realmente distintos del divino, y no sólo al movimiento físico, en modo alguno existe separado de esos actos cuya potencia corresponde a un dinámico distinguirse real, con lo que si tales actos y sus potencias son suficientemente distintos, también serán plurales sus respectivos tiempos.

Mas para con nitidez soslayar la idea, o imagen, de un tiempo único y uniforme, sirve de manera diversa designar las distinciones de actos de ser que según su intrínseco distinguirse real comportan esencia potencial, así como las correspondientes diferencias de tiempos, con miras, sobre todo, a mejor diferenciar respecto del tiempo de la actividad física el del vivir de cada hombre, que, a su vez, en los tiempos de la vida del espíritu, cifrados en diversas maneras de *ganancia* o “aprovechamiento” de tiempo en la medida en que la esencia de la persona humana es irrestrictamente “enriquecible” según distintos hábitos, comporta “asumir” o recibir, por lo pronto articulándolos, los tiempos diversos que acompañan o siguen la vida orgánica, caracterizados por la *sincronía* de tiempos aun inferiores, que, por su parte, siguen o acompañan movimientos físicos carentes de vida, y cifrados en diferentes tipos de *retraso*.

Por consiguiente, la ganancia de temporalidad en la vida humana exige cierta “guarda” del tiempo como “en torno a” la presencia mental con la que, al acontecer introduciéndose como actualidad, son articuladas las diversas

4. En lo que sigue se glosan los primeros párrafos del epígrafe 2 del capítulo VII, “Interpretaciones del tiempo”, de *Nietzsche como pensador de dualidades*, Eunsá, Pamplona, 2006, pp. 249 ss.

fases temporales de la sensibilidad interna, en cuyo sustrato orgánico de actividad neuronal, a su vez, se eleva la sincronía.

Y es de esa suerte como la articulación del tiempo según el nivel ínfimo del inteligir humano, el objetivante, por lo pronto de las fases temporales propias del sentir, equivale a la presencia mental según actualidad, que, por eso, se exime de ser una fase en los tiempos que indican niveles inferiores de dinamismo, o de actividad no carente de potencia, pero también con respecto a los que indican el irrestrictamente incrementable enriquecimiento de la esencia humana, que *engloba*, a su vez, la actualidad.

Porque, en rigor, la presencia según estricta actualidad equivale, en cuanto que sólo a ella concierne el límite mental, a cierto “detenimiento” del dinamismo “actuoso” según el que se enriquece la esencia del acto de ser humano, y precisamente frente al conocimiento sensible⁵.

* * *

Desde donde cabe, con respecto a la presencia mental cifrada en actualidad, discriminar, de un lado, tiempos inferiores, propios de los movimientos físicos, o intracósmicos, pertenecientes a la esencia extramental, o bien del psiquismo que depende solamente de ellos, así como, de otro lado, tiempos correspondientes a los dinamismos actuosos equivalentes a “prácticas” (*práxeis*), más bien que a movimientos⁶, en cuanto que superiores a la presencia mental como estricta actualidad, y característicos de la esencia del ser personal humano.

5. Por su parte, la “dimensión” meramente psíquica o anímica del conocimiento sensible, ante la que se detiene la presencia mental según estricta actualidad, por decirlo de algún modo, “insurge”, a manera de “excedente” de causalidad, por lo pronto, formal, aunque no sin *concausar* esa causa con la final —*sobrante formal* (y final)—, lo que le proporciona a la causa formal un dinamismo peculiar superior al de su concausalidad con la eficiente, y que de ese modo excede o sobra con respecto a la *tricausalidad* ergo-morfo-hilética en la que, como señalado *cumplimiento* del orden físico abierto a variación, estriba la función orgánica sensorial, equivalente, a su vez, a lo que el sentir tiene de neuronal, sobre todo en cuanto a lo cerebral.

Y frente a ese sobrante formal, por así decir, se “detiene”, como luz iluminante ínfima que desde el hábito de sabiduría, equiparable con el acto de ser personal, *procede en descenso*, a partir del hábito de *sindéresis* como *ápice* de la esencia de la persona humana, la presencia mental limitada como actualidad, que, entonces, antes que acto o que potencia, es mera “retención”, o “mantenimiento” constante, del, para llamarlo así, “vigor” o dinamismo —potencialidad— de dicha esencia, en cuanto que *vida añadida*, frente a la esencia del acto de ser extramental incluso en tanto que, bajo una naturaleza orgánica individual según el cuerpo generado por los padres, es *vida recibida* o “asumida”, en su esencia, por la persona, y “apropiada” por ella según el “carácter de yo”.

6. Cf. asimismo *Metafísica* IX 6, 1048b 16-35

De esa manera, por una parte, la noción de *antes* concierne, como carácter propio, a los tiempos diversos, cifrados en diferentes modalidades de retraso o bien de sincronía, del plural movimiento físico que integra la esencia potencial respecto del acto de ser extramental, correlativamente inteligido como *después*, es decir, como “posterioridad pura”, o irreducible a la anterioridad, en la medida en que indica el *persistir* equivalente a *comienzo que ni cesa ni es seguido*.

Mientras que, por otra parte, comporta *pasado* el tiempo que indica el plural enriquecimiento de la esencia del acto de ser humano, inteligido éste, por su parte, como *futuro indesfuturizable*, equivalente a libertad en tanto que *actuosidad* de vigencia trascendental, o acto primario, mas superior a la principal, a saber, “intrínsecamente dual” según el *carácter de además*.

Con lo que el *antes* es diferente del pasado puesto que, sin que sea viable “dejarlo atrás” como mero pretérito, carece de presencia, al paso que, desde el futuro indesfuturizable, el pasado humano puede ser “guardado”, de modo que, por así decir, “conserva” la presencia, “ensanchándola” o, con mayor propiedad, incrementando su lucidez, esclareciéndola⁷, y al como “desbordar” el horizonte que a ella compete cuando se cifra en mera actualidad⁸.

Al cabo, la presencia mental, por lo pronto según actualidad neta, por equipararse con el inteligir objetivante, y al comenzar éste conjugándose con el sentir, es, en directo, articulación de las fases temporales del conocimiento inferior al intelectual, según lo que en alguna medida equivale a una articulación del *antes* como indicio del distinguirse —o *análisis*— real que es la esencia potencial o dinámica del acto de ser extramental, temporalmente indicado por el *después*.

En cambio, con respecto al pasado y al futuro, en lugar de una mera articulación presencial, desde el futuro sobrevienen, más bien, diversos niveles, valgan las palabras, de “clarificación” o “ilustración” de la presencia mental de acuerdo con la guarda del pasado en cuanto que indicativo del enriquecimiento esencial que es dinámico o potencial como distinguirse real

7. Desde luego no guarda un hombre, por ejemplo, un miembro amputado años atrás, pero en alguna medida guarda, y pudiendo progresivamente esclarecerlo, lo que mentalmente le “pasaba” mientras eso sucedía.

8. La presencia que acontece como estricta o mera actualidad y, por eso, según el límite mental, se equipara con el inteligir objetivante, que, si bien puede ser *jerárquicamente proseguido* una vez se introduce al comenzar, aún así, es mantenido *constante* en lo concerniente justo a la actualidad, según lo que, equivaliendo a la “objetualidad”, incluso en la indefinida pluralidad que admite al diferir en cuanto a objetivaciones, resulta como circunscrito por cierto horizonte, por más que indefinidamente ampliable.

del acto de ser en tanto que *además*, en lo temporal indicado según el futuro sin desfuturización equivalente a la libertad trascendental.

Así pues, son temporales el *antes* y el pasado, diversamente temporales entre sí y cada uno, mientras que, por de alguna manera decirlo, “supratemporales” el *después* y el futuro, ya que, como actos primarios, aun si distintos, pues meramente principal uno, e intrínsecamente dual el otro, dependen exclusivamente de la eternidad que es Dios, inabarcable en temporalidad alguna, mas sin ser exterior a cualquiera.

* * *

Ahora bien, la presencia mental según estricta actualidad, sin la que, por lo demás, no sobrevendría la *situación* histórica del enriquecimiento esencial humano, ya que, de esa manera restringida, la presencia adopta carácter de *requisito* para el esclarecimiento del pasado mediante modos de presencia más alta que como sola actualidad, y situación histórica en la que cabe, aún más que olvidar, ignorar la lograda claridad con la que irrestrictamente cabe enriquecer la presencia mental humana, desde luego con respecto al inteligir, pero también, pues lo incluye, a la volición, tal modalidad de presencia mental, según actualidad, sería, por su parte, inviable sin los distintos niveles de articulación del conocimiento sensitivo, y, antes que nada, sin el de la conciencia sensible, aunque, no menos, sin el de la imaginación, de acuerdo con los que, a su vez, de diversa manera se puede notar el ahora.

Así, de entrada, de acuerdo con la conciencia sensible cabe sentir, ahora, no sólo que se siente, según el percibir, sino, también, según el memorar, sentir, ahora, que se sintió, así como sentir, ahora, que se sentirá, según el “expectar” o conciencia “anticipativa”, pero sin que el ahora baste para articular esa diversidad temporal, como, en cambio, acontece, y de manera exclusiva, según el comienzo del inteligir objetivante, de acuerdo con la articulación presencial del tiempo o presencia mental como actualidad.

Luego en vista de que en la intelección humana según actualidad se introduce la presencia mental, y justo articulando las fases temporales de la conciencia sensible, de suerte que no sin el ahora de ésta, ni, de otro modo, no sin el instante de la imaginación, también por eso, resulta pertinente estudiar el ahora y el instante en cuanto que difieren de la presencia como actualidad, de donde no sólo por la importancia que en la hodierna situación de la filosofía se atribuye al tiempo, y según la idea de ahora, mas aun si indiscernida de la imagen de instante, como tampoco porque no se detenga Polo en destacar lo peculiar del ahora frente a la presencia como estricta actualidad, con respecto a la que se discriminan los tiempos diferentes que, superiores unos mientras otros inferiores, son indicio, en cuanto que *antes*, o bien que

pasado, del distinto distinguirse real en el que estriban las esencias potenciales o dinámicas realmente distintas de los distintos actos creados, indicados, por su parte, según el *después*, o bien según el futuro sin desfuturización⁹.

III

Por lo pronto, el ahora sobrevendría en virtud, al menos, de dos niveles de actividad sensitiva, ante todo, el de la conciencia sensible según la que se siente, ahora, que se siente, o que se sintió o se sentirá, mas también el de la imaginaria formalización del instante como elemento indivisible en una asimultánea serie sucesiva, posibilitante, a su vez, de la noción matemática de infinitésimo, que, con todo, habría sido inviable sin contar con la comprensión de Aristóteles sobre el tiempo como número (*arithmós*) del movimiento (*kínesis*) según lo anterior y posterior (*próteron kai hústeron*)¹⁰.

En efecto, para que tal sucesión, la de lo anterior y lo posterior, sea numerable (*arithmetón*), y sucesión que, además, el Estagirita parece presuponer a manera de magnitud de partes asimultáneas, ha de implicar el ahora¹¹, percibido tanto como imaginado, que, sin ser parte temporal ni divisible en partes temporales¹², las determina, mientras, no menos, exige tomarlo, el

9. En vista de lo aquí apenas esbozado cabe sugerir que, desde luego en la corriente imagen del tiempo como cierta extensión, pero también en la comprensión agustiniana del tiempo de alguna manera retomada por Husserl, se desconoce lo propio, por un lado, del *antes* y del pasado, pues son reducidos a cierto “retenimiento” del presente actual o, al menos, del ahora, y retenimiento según el que se pretende ampliar éstos, y, por otro lado, del *después* y del futuro, reducidos, por su parte, a “pretenimiento” de aquéllos, el presente según actualidad y el ahora, según el que se pretende abrirlos a cierta indeterminación, cuando no librarlos de la necesidad.

A la par, ni el antes físico ni el pasado humano son de suyo modalidades de pretérito, a no ser debido a la extinción de especies o a la muerte del hombre (el pasado de los difuntos), así como al olvido, y por más que en alguna medida pueden ser recobrados al dar cuenta o razón de ellos.

Y tampoco estriban en porvenir el *después* ni el futuro, pues equivalen a actos de ser creados, “existentes”, sin presencia, en el “ámbito” de lo primario o trascendental, como puro depender de la *Máxima amplitud* que es Dios, el ser extramental en tanto que cifrado en persistir, y, aún más, *incluyéndose atópicamente en la Máxima amplitud*, el ser personal humano según el carácter de *además* (por su parte, tanto la indicación de futuro sin desfuturización cuanto la de inclusión atópica en la Máxima amplitud corresponden a la libertad como trascendental del ser humano personal). Sólo pertenecen al porvenir los actos de ser humano en tanto que todavía, según los tiempos correspondientes a la naturaleza orgánica del hombre, han de ser creados por Dios.

10. Cf. *Física* IV 11, 219b 1-2.

11. Cf. *Ibid.*, 219a 26-30; 29-30: «*tò gàr horizomen tò-i nùn khronos eínai dokei*: parece ser tiempo lo que determinamos mediante el ahora».

12. Cf. *Física* IV 11, 220a 18-20; 29-30.

ahora, de acuerdo con una índole peculiar, a saber, la de ser fin (*teleuté*) de la parte temporal anterior y, a la vez o simultáneamente (*háma*), principio (*arkhée*) de la posterior¹³, sin lo que en modo alguno resultaría posible la, por el filósofo griego también presupuesta, continuidad (*sunékheia*) del tiempo¹⁴, ni, pues lo sigue o acompaña, la del movimiento, aunque indiscernido respecto del cambio (*metabolée*)¹⁵, así como tampoco, por su parte, la de la magnitud sucesiva de partes simultáneas según el lugar¹⁶, a la que, a su vez, sigue o acompaña el cambio, por lo pronto, local¹⁷.

* * *

De otro lado, al Aristóteles tratar sobre el tiempo justo según referencia al ahora en cuanto que numerable como anterior y posterior, emplea la expresión *hò pote ón*, que, con todo, asimismo refiere a la sustancia móvil en cuyo “moverse” (*kineísthai*) estribaría el movimiento, siquiera si indiscernido respecto del cambio, y expresión que cabría entender de manera diversa a la usual, sin sustantivar el participio presente *ón*, de modo que concordando éste no apenas con el pronombre relativo-demostrativo *hò*, o sin vertir *hò ón* como “que eso, ‘lo que es’ —o ‘ente’—”, sino como “que eso siendo”, es decir, según el *ón* a manera de participio gerundivo, o adjetivado, en concordancia, sobre todo, con el adverbio *poté* no sin más en tanto que indefinido sino con significado temporal¹⁸, con lo que *hò pote ón* traduciría “que eso cada cuando —cualquier cuando— siendo”.

Y de dicha manera entendido, «el ahora que, eso —a saber, ahora— cada cuando siendo, es el tiempo (*tò nûn hò pote ón estin hò khrónos*)»¹⁹ habría de ser uno solo (*hèn*) y siempre el mismo (*kai autó*)²⁰, pero antes que por acompañar o seguir el moverse de una sustancia móvil, “que —cabe

13. Cf. *Ibid.*, 220a 14-16; 13, 222a 10-12;

14. Cf. *Ibid.*, III 1, 200b 18-20; V 3, 227a 10-17. Sorprendentemente incurre Heidegger en el error de atribuir a Aristóteles la imagen de tiempo como sucesión de meros instantes (Cf. *Ser y tiempo*, parágrafo 81), cuando el ahora no es parte temporal sino término dual de cualquiera de las partes asimilables sin las que no cabría hablar de tiempo, una anterior y otra posterior.

15. Cf. *Física* IV 10, 218b 19-20.

16. Cf. *Ibid.*, 11, 219a 10-19; 220b 24-26. Aristóteles no emplea las nociones de “extensión” ni de “espacio” (*khóora*) para la magnitud continua sucesiva de partes simultáneas.

17. Para el Estagirita cualquier movimiento o cambio en último término dependería del cambio de lugar propio de los casquetes esféricos celestes, en particular del primero, cuyo tiempo mediría el de los demás.

18. Cf. *Física* IV 13, 222a 25-29.

19. Cf. *Ibid.*, 14, 223a 26-27: *toûto hò pote ón estin hò khrónos*.

20. Cf. *Ibid.*, 11, 219b 12-14; .

glosar— eso, ‘lo que es’, o ‘ente’, cada cuando, se mueve”, más bien por la índole que lo torna numerable como anterior tanto cuanto como posterior, siquiera en calidad de extremo entre sucesivas partes temporales cualitativamente diferentes, puesto que, a la par, el ahora sería plural y siempre diferente al ser numerado como anterior o bien como posterior, en lo que se cifraría “el ser —temporal— para eso mismo —para el ahora que eso cada cuando siendo— (*tó eínai autô-i*)”²¹.

Mas tanto si uno y el mismo según que numerable como anterior y como posterior, cuanto si plural y diferente al ser numerado como anterior o bien como posterior, habría el ahora de ser fin de una parte temporal y, a la vez, o simultáneamente, principio de la sucesiva, ya que sólo de tal suerte serían esas partes continuas y no meramente contiguas.

Sin embargo, la condición que al ahora atribuye el Estagirita de ser a la vez o simultáneamente principio y fin concierne tan sólo —se sugiere— a los actos anímicos y, más aún, intelectuales, pues caracteriza el acto perfecto en cuanto que de antemano es fin al ser acto, o acto, si cabe decirlo así, incipiente a la vez o simultáneamente que culminado, por de entrada acontecer culminadamente, o coincidiendo con su fin, lo que con entera propiedad compete al inteligir desde su nivel ínfimo, el objetivante, aun cuando también, si bien apenas a modo de “conato”, a las inferiores operaciones anímicas o psíquicas e, incluso, en alguna medida a las vitales-orgánicas.

En consecuencia, por más que según el ahora que, eso cada cuando siendo, es el tiempo” sigue éste, o acompaña, el movimiento, el ahora se corresponde —es la sugerencia central del estudio— con una actividad del alma, pero de ninguna manera con “algo” del solo movimiento, o no sin más con el moverse en el “que, eso cada cuando siendo”, estribaría, indiscernido del cambio, el movimiento de la sustancia móvil.

Y aunque el ahora desde luego se debería a una actividad anímica respecto del movimiento como cambio, con todo, no sin más a la intelectual numerante, sino, de antemano, a las inferiores que ésta tornan posible, el percibir y el imaginar dicho cambio, y que, al de tal manera notarlo, dan cabida a que, justo según el ahora, sea numerable como anterior y posterior.

21. Sobre la noción de *hò pote ón* y de la correlativa, *tò eínai autô-i* se tienen en cuenta, además de *Física IV* 11, 219a 19-21: *ésti dè tò próteron kai hústeron [autôon] en tê-i kinéseï hò mén pote òn kineesis [estin]· tò méntoi eínai autôo-i héteron kai ou kinesis*, también 219b 10-11: *tò gàr nûn tò autò hò pot'êen —tò d'eínai autô-i héteron—*; b 14-15: *hò dè pote ón esti tò nûn, tò autò*; 18-20: *toûto [tò pherómenon] dè hò mén pote ón tò autò (hè stigmèe gàr èe líthos èe ti állo toioútón esti), tò-i lógôo-i dè állo*; y 26: *en toútois [tò nûn y tò pherómenon] hò mén pote òn nûn esti, tò autò [...] tò d'eínai héteron*.

Luego en lugar de que “el ahora que, eso cada cuando siendo, es el tiempo” sea o exista en el mero movimiento, ni siquiera equiparado éste con el cambio, y ahora que, de esa suerte, es uno y el mismo en cuanto que puede notarse y, así, ser numerable como anterior y como posterior, más bien sobrevendría de acuerdo con una, al menos posible, intervención anímica respecto del movimiento, mediante la que, a la par, se determinaría de modo plural y diferente de manera neta al ser numerado como anterior o bien como posterior, o según “el ser —temporal— para ello mismo —para el ahora—”.

Pues bajo dicho carácter dual, a saber, en cuanto que sólo numerable o, también, numerado según anterioridad o posterioridad, habría el ahora de ser, a la vez o simultáneamente, principio y fin de las sucesivas partes temporales, asegurando así la continuidad de ellas; índole ésta del ahora que corroboraría que “acaezca” antes que en virtud del movimiento, que es acto imperfecto (*enérgeia atelés*)²², o carente, mientras ocurre, de su fin, más bien a una intervención anímica, o mental, a ese acto referida, y según la que ese acto es entonces equiparado con el cambio.

Y es de tal suerte como la indicada dualidad del ahora se debería no sin más a que éste acompañe o siga el moverse en el que habría de estribar el movimiento, como cambio, de un móvil, de donde, menos, a que, a la par con el móvil, hubiese el ahora de ser cierto “lo que es” o ente, al modo de una sustancia, o, ni siquiera, como “reconducible” a ésta, sino a la sucesiva actividad anímica con respecto al movimiento, en la medida en que, de una parte, pudiendo esos actos del alma ser discontinuos, son, de otra —se puede todavía sugerir—, según cierta continuidad acompañados por distintos niveles de conciencia de que acontecen.

Con lo que el ahora concerniría al tiempo, o sería temporal, en vista desde luego de que según anterioridad y posterioridad posibilita numerar el movimiento equiparado con una sucesión de cambios, y, así, ulteriormente, contar o medir las partes temporales que a él competen (tiempo como *khronos*), pero en virtud no del movimiento o del moverse, y ni siquiera del móvil, sino de cierto “instar” respecto del movimiento alguna actividad del alma que, a su vez, se pluraliza de acuerdo con diferentes “ocasiones” u “oportunidades” (tiempo como *kairós*), y aun si dicha discontinua actividad no se llevara a cabo, pero con tal de que se tenga conciencia de que puede acontecer; actos anímicos, en consecuencia, según los que cuando sucesivamente acontecen, en el movimiento se nota, incluso sin tomarlo como numerable, el ahora plural y diferente como anterior o bien como posterior, que, con todo, puesto que se tiene conciencia de que esos actos acontecen o, al menos, pue-

22. Cf. también *Metafísica* IX 6, 1048b 16-35.

den acontecer, corresponde, en último término, a un solo y siempre el mismo ahora como anterior tanto cuanto como posterior, mas sin que en modo alguno tal intervención, según el ahora, de actos del alma, en la ocasión que fuere e, incluso, si meramente posibles, detenga ni el movimiento ni la actividad anímica, así que tampoco el tiempo, que, de tal suerte, en virtud de esos actos del alma, sigue o acompaña el movimiento como cambio.

Al cabo, el ahora es, por lo pronto, sentido, y, de entrada, percibido, mas no sin la conciencia sensible, aunque, no menos, imaginado como cierto indivisible dentro de una magnitud sucesiva, o serie de elementos divisibles, por más que apenas contiguos; mientras que es de nivel intelectual, y no tan sólo en cuanto que numerado, sino, incluso, ya en tanto que numerable dentro de una sucesión continua, esto es, como a la vez o simultáneamente fin y principio de partes no sin más contiguas.

* * *

Así pues, “el ahora que, eso —a saber, ahora— cualquier cuando siendo, es el tiempo (*tò nûn hò pote ón estin hò khrónos*)”, y que como tal habría de seguir o acompañar el moverse en el que, indiscernido del cambio, estribaría el movimiento, sin pertenecer a éste, ni, menos aún, de modo que fuese reconducible a la sustancia móvil “que eso cada cuando siendo” hubiera de existir como sujeto del movimiento y, así, del tiempo, más bien equivale a cierta percepción, o bien a una imagen e, incluso, a una idea, puesto que acontece, o puede acontecer, en virtud de un acto del alma referido al movimiento; de donde —para decirlo en glosa a la expresión aristotélica— “el ahora que, eso cada cuando siendo, sobreviene de acuerdo con una actividad anímica (*tò nûn hò pote ón estin katà tèen enérgeian tées psukhéas*)”, mediante la que, sucesivamente, es conocido, o puede serlo, el movimiento como cambio, mientras se conoce que se conoce o que puede serlo.

Y esa actividad del alma concerniente al movimiento como cambio es, por lo pronto, la “experiencia” de nivel sensitivo, que acontece según la conciencia de sentir en cuanto que de acuerdo con ésta se siente, ahora, que se siente, o se siente, ahora, que se ha sentido, según la memoria, y se siente, ahora, que se sentirá, según la expectación anticipativa.

Mas asimismo sobreviene el ahora de acuerdo con la actividad imaginativa por la que según “esquemas proporcionales” se *reobjetiva* no sólo lo sentido (esquemas según proporciones que, por su parte, permiten asignar lo percibido —o, no menos, lo recordado o lo expectado—, a determinado referente común, al cabo, a la imagen, entonces medible o dimensionable, de cuerpo), sino, más bien, se reobjetiva la peculiar sucesividad del sentir en tanto que discontinuo, esto es, la sucesión de los actos de sentir lo sentido en

tanto que de ellos según el ahora se tiene más o menos continua conciencia (o, incluso, las distintas tomas de conciencia sobre esos distintos actos), y reobjetivación, ésta, del ahora percibido, en la que estribaría la imagen de instante como elemento indivisible en una serie.

De esa manera el tiempo, por lo pronto según el ahora, tiene cabida no más que en virtud de actos del alma, de entrada sensitivos, que, a su vez, en la vida anímica humana acontecen conjugados con el inteligir objetivante, al que con propiedad compete la condición, que, no obstante, justo según el ahora, *extrapola* Aristóteles al movimiento y, consiguientemente, al tiempo, de a la vez o simultáneamente ser inicio y fin de partes sucesivas (y que, de antemano, según el punto extrapola a la imagen de cuerpo como continuo circunscrito por el lugar)²³.

Porque en el hombre la intervención del sentir respecto del movimiento, indiscernido éste del cambio, es de ordinario “asumida” por el inteligir según objetivaciones que se introduce o comienza, al abstraer, según la articulación presencial del *tiempo entero*, en tanto que sentido, de lo físico, es decir, articulando, según actualidad, la diversidad del conocimiento sensitivo siquiera en tanto que comporta distintas modalidades temporales de conciencia de sentir, aunque también imaginados.

De donde el ahora que acaece según la conciencia sensible, al igual que el formalizado según la imaginación, puede ser asumido en el nivel de las objetivaciones intelectuales y, en particular, en la correspondiente a la conciencia como inicial operación objetivante, que objetiva justo lo circular en tanto que coincidencia de principio y de fin, en virtud de lo que resulta inteligible la noción de continuo, en lo temporal según el ahora, como fin de la parte temporal anterior y, a la vez o simultáneamente, principio de la posterior, y al que de esta suerte compete ser numerable como a la par anterior y posterior, o posible de ser numerado como anterior o bien posterior, sin lo que en modo alguno cabría entender el tiempo de acuerdo con la noción de número del movimiento, indiscernido éste del cambio, según lo anterior y posterior.

Al cabo, numerar horas como anteriores o bien como posteriores en el cambio, al menos percibido —pues, según señala el propio filósofo griego, sin constatar cambios no se numerarían horas—²⁴, exige, a su vez, si se

23. Con todo, sólo en el siglo XX se llegó a matematizar la noción de cuerpo no apenas según la magnitud circunscrita por el lugar, el espacio, sino también según el tiempo, e, incluso, se postuló cierta discontinuidad espacio-temporal y, más aún, a manera de mera posibilidad con respecto a la determinación según actualidad, aparte de que se empezó a admitir en cuanto al tiempo cierta “disomorfía”, y aun pluralidad e irreversibilidad.

24. *Física* IV 11, 218b 21-219a 1.

imaginan proporciones en ese movimiento, asignar ahora en calidad de indivisibles, y correspondientes, en último término, a los actos anímicos distintos, mientras, además, según el inteligir objetivante incoativo se articula en presencia, de donde sin solución de continuidad, el sucederse de las consiguientes partes temporales del movimiento, para que cada ahora, cualquiera, pueda tomarse como fin de la parte anterior y, a la vez o simultáneamente, principio de la posterior, y sea, en calidad de tal, numerable como anterior tanto cuanto como posterior.

Y sólo de dicha manera resulta viable numerar como anteriores o bien como posteriores los ahora diferentes que, al dividir las partes temporales, a la par, las unen, desde donde se torna asequible la noción intelectual de tiempo como número del movimiento según lo anterior y lo posterior, es decir, según la continuidad sucesiva de partes asimultáneas; número que, ulteriormente, permite contar esas partes sucesivas, y medirlas, por referencia al ahora —en último término, al “de ahora”, es decir, de cuando se dice, porque se tiene conciencia de que se siente o se piensa—, y según lo que, a su vez, cabe determinar “cuándos” diversos en calidad de atributos temporales de una sustancia móvil o cambiante tomada como sujeto, al menos en la predicación, en lo que, de otro lado, se cifraría el accidente “cuando” (*poté*); sustancia móvil, por su parte, que si bien se constata como cambiante o mudable de acuerdo con algunas determinaciones que se le atribuyen, y que se corresponderían con las cualidades sensibles, con todo, se presupone, a la par, como sujeto inmutable o inmóvil al menos en cuanto a otras determinaciones, de ordinario correspondientes a los esquemas espacio-temporales de la imaginación según los que se posibilita a lo sensible “aplicar” nociones matemáticas, de entrada, el número, desde donde cabe luego contar o medir, esto es, determinar la cantidad.

* * *

En consecuencia, además de que el tiempo no tiene cabida sin el movimiento —o, mejor, sin el dinamismo o potencialidad de algún acto de ser—, tampoco, al menos según el ahora, sobrevendría sin el alma, pues desde luego no sin la actividad intelectual de numerar ahora como anteriores o bien posteriores, y que posibilita predicar, respecto de la sustancia móvil, determinaciones temporales, es decir, relativas a lo anterior o bien posterior en los movimientos que a dicha sustancia conciernen; pero ni siquiera según el ahora numerable como anterior y posterior, ya que la intelección numerante es precedida por actividades anímicas sensitivas, sobre todo, por las modalidades temporales de la conciencia sensitiva, la memoria y la expectación, de acuerdo con las que inicialmente se discierne el ahora de cuando se siente que se siente, o se ha sentido o se sentirá, mas sin que falte la imaginación

proporcional según la que el ahora es tomado como indivisible dentro de una serie, si bien, en cuanto que numerable, tan sólo en virtud de la intelección objetivante incoativa de lo circular, de acuerdo con la que, por la índole que entonces se le atribuye de ser, a la vez o simultáneamente, fin de lo anterior y principio de lo posterior, es entendido como elemento imprescindible para la continuidad de la magnitud temporal.

Luego, de un lado, según la conciencia sensitiva acaece el ahora, y antes que en calidad de objetivación, pues de suyo no estriba en ninguno de los sensibles propios ni de los comunes, aun si entre éstos considera Aristóteles el número o, incluso, el tiempo, que, con todo, respecto de sensaciones sucesivas en modo alguno sobrevendrían sin la conciencia sensible, más bien, a manera de indicio de ésta, es decir, de que mientras se siente lo sentido, se siente, ahora, que eso se siente, o que se sintió, o que se sentirá, y que sería cierto “factor” de “indispersión” en tales fases temporales de la experiencia de sentir, por más que sin articularlas en presencia según actualidad²⁵.

Pero, por otro lado, un más alto nivel compete al ahora con el que a menudo se equipara el instante como reobjetivación, de acuerdo con un imaginario esquema proporcional, y en cuanto a lo temporal, de cierto indivisible exigido para diferenciar las sucesivas partes de una magnitud, a él irreductibles, así como él a ellas, e indefinidamente reiterable de acuerdo con la imagen de serie, aunque sin que de suyo equivalga a un mínimo magnitudinal, correspondiente, por su parte, a la noción físico-matemática de infinitésimo de movimiento, pues cabría, incluso, al instante imaginariamente asignar cierta “extensión” de la magnitud temporal, o “duración”, aparte de que, a su vez, sólo si tanto el instante cuanto el ahora son, a la par, intelectualmente objetivados como principio y, a la vez o simultáneamente, fin de partes temporales sucesivas, pueden tomarse como susceptibles de número²⁶.

25. Por lo demás, la conciencia sensible “irrumpe” —cabe todavía sugerir—, a la par con el “insurgir” meramente psíquico o anímico de las sensaciones, y, al cabo, como percepción, en virtud de cierta “confluencia” de inmutaciones neuronales procedentes tanto de los órganos sensoriales periféricos, cuanto de otros núcleos encefálicos, sobre todo, de la corteza, en un “centro sensorial” —plausiblemente en relación con el tálamo—, al que Aristóteles denomina “sensorio común” o “primero” (*koinée* o *proótee aisthetérion*), y según el que conjuntamente acaecen, de un lado, el sentir lo sensible correspondiente a las diversas inmutaciones neuronales y, de otro, el sentir que eso sensible es sentido, o que lo fue —memoria—, o que lo será —expectación—.

26. De lo indicado por Polo en la nota 55 al capítulo sexto del tomo IV/2 del *Curso de teoría del conocimiento* (p. 300, o 575 en el tomo unificado) se desprende que, mientras la presencia mental —como actualidad— articula el tiempo sin pertenecer a él, el ahora imaginado de acuerdo con la serie —de instantes— podría tomarse como temporal; pero de ahí no se sigue que el instante imaginado pertenezca a las fases temporales de la conciencia sensitiva, ni, menos, que el ahora de ésta, según el sentir, ahora, que se siente —o que se

De donde el ahora sobreviene y, por cierto, en tanto que numerable como anterior y como posterior, o posible de ser numerado como anterior o bien como posterior, no sin más, ni en virtud de sí, o no, para de algún modo decirlo, “intrínsecamente” en el movimiento (con lo que, tampoco, “en” el tiempo), sino en atención, desde luego, al moverse en el que, indiscernido del cambio, estribaría el movimiento de una sustancia móvil, pero, en lugar de por acompañarlo o seguirlo, ni, menos, porque fuese el ahora reconducible a esa sustancia móvil, más bien de acuerdo con la intervención de una actividad del alma con respecto al movimiento, así que indiscernido éste del cambio; intervención anímica según la que al ahora compete la índole no tanto de “que eso cada cuando siendo”, cuanto la de “que, eso cada ocasión —u oportunidad— acaeciendo”, a saber, en la ocasión u oportunidad en la que acontece, o puede acontecer, una actividad del alma, de entrada cognoscitiva, que verse sobre el movimiento como cambio, y mientras de ella se tenga conciencia.

Al cabo, el tiempo tendría cabida, o sobrevendría, por cuanto que, mediante una plural y diversa actividad anímica, es notada, o puede serlo, cualquier “actuosa” potencialidad o dinamismo carente de su culminación, pues también a esto equivaldría el movimiento como acto imperfecto, es decir, sin asimilarlo al cambio por equipararlo con cierta “actualidad imperfecta”, en cuanto que “impermanente”, de, o en, un sujeto, que, por su parte, se asume entonces bajo alguna “actualidad perfecta”, esto es, no entre tanto sometida a cambio.

* * *

En resumen, el ahora “que, eso —ahora— cada cuando —oportunidad u ocasión de una actividad del alma— siendo —o, mejor, acaeciendo—” (*hò pote ón*), es numerable como anterior tanto cuanto como posterior, con lo que uno solo —único— y siempre lo mismo; mientras que es ahora plural y diferente en cuanto que “el ser —temporal— para él mismo” (*tò eínai autô-i*) es en distintas ocasiones numerado —y, consiguientemente, dicho, esto es, predicado— como anterior o bien como posterior en relación con el moverse en el que, indiscernido del cambio, estribaría ese movimiento.

Y es entendiendo el ahora a la vista del intervenir una actividad del alma respecto del movimiento, como, sobre todo, se da razón de la índole que Aristóteles le atribuye de ser fin de la parte temporal anterior y principio de

ha sentido o se sentirá—, como tampoco dicho instante, pertenezcan al tiempo de lo físico ni al tiempo propio de la esencia humana en tanto que guarda y aprovechamiento del pasado desde el futuro.

la posterior, aunque sin entonces extrapolar ninguna instancia mental al movimiento ni al tiempo que lo acompaña o sigue.

De manera que incluso si el ahora es numerado como extremo, o término, anterior o bien posterior de partes temporales diferentes, en cambio, según que apenas numerable sería tanto anterior cuanto posterior, pues en cualquier caso mediaría entre una parte temporal y la sucesiva; asimismo, para no disolver la desde luego imaginada pero, además, inteligida continuidad de esas partes, el ahora que fuese habría de ser fin de la anterior y, a la vez o simultáneamente, principio o comienzo de la posterior, de modo que no sólo las separe o divida sino que, a la par, las una.

Pero dicha condición, la de ser el ahora, a la vez o simultáneamente, principio y fin, con lo que uno y el mismo y, así, numerable como anterior y como posterior, le correspondería antes que por seguir o acompañar el moverse en el que, indiscernido del cambio, estribaría el movimiento de una sustancia móvil, más bien por cuanto que tal posibilidad de ser anterior o bien posterior de inmediato se debe a que los sucesivos actos anímicos o mentales respecto del movimiento, aun si discontinuos y asimultáneos, en virtud de modalidades distintas de conciencia de que acontecen, son como “retenidos” o “mantenidos” bajo cierta continuidad que, a su vez, permite “protenerlos” o anticiparlos.

Y es de esa suerte como el ahora sería de carácter temporal bajo una índole dual, pues, por un lado, es diferente y plural al ser en sucesivas ocasiones u oportunidades, según distintos actos anímicos de notar el movimiento, sucesivamente numerado como anterior o bien como posterior, aunque tan sólo entre partes temporales, o sin dar cabida a ahoras contiguos ni continuos; mientras que, por otro lado, es ahora el mismo y uno solo, único, ya que en dicha sucesión de ahoras que determinan partes del tiempo, cualquiera “que, eso cada cuando siendo, es el tiempo”, es numerable como anterior y como posterior al ser, a la vez o simultáneamente, fin de la parte temporal anterior y principio de la posterior, sin disolver la continuidad de estas partes sucesivas, y sin tampoco ser él parte temporal alguna, es decir, sin en la temporalidad intervenir como “intrínseco” a ella, justo por deberse a que en cada ocasión acontece —o ha podido, o puede, acontecer—, respecto del movimiento, alguna actividad del alma de la que, a la par, en alguna medida se tiene conciencia.

De donde por corresponderse el ahora con un al menos posible acto del alma respecto del movimiento, y en virtud de la conciencia de que ese acto puede acontecer, o de que acontece o ha acontecido, es ahora como uno solo y siempre el mismo —o lo mismo— al ser fin de la parte temporal anterior y, a la vez o simultáneamente, principio de la posterior, con lo que numera-

ble como anterior y como posterior, pero no sin que, a la par, posibilite que de acuerdo con los distintos actos anímicos sea plural y diferente, y sea numerado como anterior o bien como posterior.

Al cabo, si el ahora “que, eso cada cuando siendo” (*hò pote ón*), es numerable como anterior y como posterior, tal índole se debe a la sensitiva — perceptiva e imaginativa—, aunque a la par intelectual, intervención anímica con respecto al movimiento, mas siempre que sobrevenga conciencia acerca de tales actos cognoscitivos, siquiera en calidad de posibles, y aun si dicho ahora se tomara, incluso, bajo cierta índole de sujeto, pero de sola predicación, por lo pronto con respecto a la anterioridad o bien posterioridad según las que puede ser numerado, y que determinan “el ser —temporal— para eso mismo —para el ahora—” (*tò eínai autô-i*).

IV

Así pues, el ahora numerable según anterioridad y posterioridad concierne al movimiento no tanto por acompañar o seguir el moverse, o el “se mueve”, en el que, indiscernido del cambio de cierto móvil, dicho movimiento estribaría, o no en virtud del “siendo” que a éste según su moverse compete, cuanto, más bien, a manera de “instancia” que de acuerdo con la actividad del alma cabe que se “cierna” sobre tal movimiento, y que, por eso, antes que en él estar como en potencia, acaece solamente en cuanto que es posible ese instar del actuar anímico; posibilidad, ésta, de la que en alguna medida, al menos en vigilia, se tiene continua conciencia, y según la que, a su vez, el ahora numerable sería uno solo y siempre el mismo, mientras que plural y siempre diferente al ser numerado como anterior o bien como posterior en virtud de los discontinuos actos sucesivos del alma referentes al movimiento conocido como cambio, de modo que no porque hubiera éste de constar de anterioridad y posterioridad, ni siquiera al seguir o acompañar la, en último término, imaginada magnitud vigente en cuanto al lugar ocupado por los cuerpos.

Y es de ese modo como es el ahora también equiparable con el instante entendido no sin más en tanto que imaginado, sino, todavía, como cierto instar del tiempo respecto del movimiento en calidad de ocasión u oportunidad de un posible sobre él actuar del alma, de cuya posibilidad, a la par, se es consciente, y según lo que el ahora es “de ahora”, esto es, de cuando se actúa o se puede actuar anímicamente, por ejemplo, sentir o pensar, y decir.

Mas asimismo es de tal manera como el ahora es lo que con relación al movimiento, y antes que en él o de él, resulta posible de ser numerado como

anterior o bien como posterior, y que al ser numerado posibilita el tiempo contable o medible.

Aparte de que no menos, por lo demás, de esa suerte, en atención a la actividad del alma referida al movimiento o cambio, es como cabría describir, imaginativamente, el tiempo con carácter de cierto “fluir” o “pasar”, pero a la vista no de una sucesión de “estados” de la sustancia móvil o cambiante, sino de la sucesividad de los actos mentales, que, aun si, de un lado, discontinuos son, de otro, en alguna medida “retenidos” e, incluso, “pretenidos” bajo la continuidad de distintos niveles de conciencia acerca de ellos.

Porque así el ahora, sin ser inherente al movimiento ni, consiguientemente, al tiempo, concierne a ambos debido a la intervención del alma según la que es conocida cualquier actividad, también anímica o mental, mas en quedando esa actividad equiparada entonces con cierto cambio.

Al cabo, es sólo de esa manera como podría el ahora ser compatible con la postulada continuidad del movimiento y del tiempo, en cuanto que, de un lado, es uno solo y siempre lo mismo y, así, numerable como anterior y como posterior, al corresponderse con la conciencia acerca de la, siquiera posible, intervención anímica respecto del movimiento, o acto que sea, indiscernido entonces del cambio; al paso que, de otro lado, es plural y siempre diferente cuando es numerado como anterior o bien como posterior en calidad de extremo, dual, de partes temporales comprendidas entre sucesivos actos del alma referidos a ese movimiento o acto tomado como cambio.

* * *

Por otra parte, puesto que la índole de “que, eso cada cuando siendo”, según la que el ahora es temporal, o “es el tiempo”, se debe no a que pueda, o deba, reconducirse dicho ahora al moverse de un móvil ni, menos, si equiparado éste con un supuesto sujeto físico del movimiento, sino a que sobreviene de acuerdo con un acto anímico que en el hombre, además, acontece no sin que, de entrada, se articule la temporalidad de la conciencia sensible según la intelección objetivante, por eso, tan sólo de dicha manera, a saber, “que, como tal, cada ocasión del intervenir el alma acaeciendo”, podría el ahora ser numerable en calidad tanto de anterior cuanto de posterior al seguir o acompañar el moverse en el que, indiscernido del cambio, habría de estribar el movimiento de cualquier móvil, e, incluso, si el ahora se tomase a manera de cierto sujeto, aun si de sola predicación y, por lo pronto, con respecto no más que a la numerada anterioridad o bien posterioridad.

Con lo que en modo alguno se precisaría que el ahora, y tampoco si como sujeto apenas de predicación respecto tan sólo de lo anterior o lo posterior, fuese reconducible a una entidad, o sustancia, que, a su vez, fuera

sujeto del movimiento y, así, del tiempo, ni siquiera meramente predicacional, de suerte que, menos todavía, a manera de sujeto existente, o “real”, como al interpretar a Aristóteles propone santo Tomás de Aquino, para quien el ahora sería lo que, del tiempo, habría de existir sin el alma, por presuntamente equipararse con el móvil como sustancia o ente extramental²⁷.

Luego no porque el ahora siga o acompañe el moverse del móvil en el que, como cambio, estribaría el movimiento, y que, como tal, asimismo según el Estagirita, habría de seguir o acompañar, a su vez, la imaginada magnitud continua sucesiva de partes simultáneas correspondiente al lugar, le compete ser reconducido a la sustancia móvil, al igual que tampoco al móvil se debe que el ahora sea uno y siempre el mismo; más bien, cabría tomar el ahora como sujeto, aunque apenas de predicación, y tan sólo con respecto a la anterioridad y la posterioridad, debido a que, cuando sea que acaezca como plural y diferente según el sucederse de la discontinua actividad anímica de sentir, equivalga, a la par, a un ahora solo y siempre el mismo, único, bajo la índole de “instante” de un posible “instar” del actuar del alma respecto del movimiento, y que, además, no se lleva adelante sin cierta conciencia de que acontece o, al menos de que puede acontecer.

Así que de ninguna manera el ahora, y según su carácter dual, existe en lo físico, pues sobreviene respecto del movimiento, mas no en él ni como de él, tan sólo de acuerdo con la correspondiente dualidad en la actividad anímica como “instancia” que versa sobre el movimiento, indiscernido del cambio, por lo pronto según el sentir diversas determinaciones cambiantes, mientras, a la par, se siente que se sienten o que se han sentido o se sentirán.

No obstante, la fase temporal que, en modo alguno por aparte de la intervención del alma con respecto al moverse en el que estribaría el movimiento indiscernido del cambio, y de acuerdo con la que el ahora que lo seguiría o acompañaría es numerable como anterior o bien como posterior, es decir, el “se mueve” en cuanto que inseparable del “se movía” y del “se moverá”, según indica el Aquinate²⁸, y sin que éstos desde luego sean o existan, pues el “se movía” ya no es, y no todavía el “se moverá” —y aun si se equiparasen no con el mero no ser, sino con el “no ser ahora” por “haberlo sido” o por “estar por serlo”—, tampoco, sin embargo, comportarían un “ser” o existir apenas “de alguna manera” o imperfecto —según asimismo interpreta santo Tomás—, ni serían, consiguientemente a como el “se mue-

27. Bien entendido que el Aquinate, siguiendo también al Estagirita, presupone que se trataría del ahora del movimiento circular del último casquete esférico cósmico, de modo que no se multiplicaría con la pluralidad de los móviles que de éste dependen.

28. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Sententia Metaphysicae*, lib. 11, lect. 9, n. 17; *In Aristotelis Physic.*, lib. 8, lect. 18 n. 2.

ve”, cierta “actualidad imperfecta” —inequivalente, con todo, al acto imperfecto—, sino que se corresponderían con ocasiones u oportunidades distintas del posible instar anímico sobre el movimiento, y de manera que entonces cabe numerarlos tanto como anteriores o bien como posteriores, incluso tomándolos con referencia a una intervención del alma que no fuese la “de ahora”, es decir, distinta de la que suele considerarse como “actual” o “presente” en virtud del sentir, o del pensar y decir.

De modo que según el ahora instar un acto anímico respecto del movimiento en atención al “moverse” o al “se mueve” en el que, indiscernido del cambio, estribaría ese movimiento en cuanto que atribuido a un móvil, resulta inseparable de también según el ahora haber instado —o haber podido instar— sobre el “era” de dicho moverse, esto es, sobre el “se movía”, tanto como a haber de —o poder— instar sobre el “será” de él, es decir, sobre el “se moverá”, así que según horas diferentes en cuanto que al menos numerables, si acaso no también numerados, como anteriores o bien como posteriores, mas sin que sean diferentes en cuanto a la índole de ahora, a saber, mismamente ahora cada uno que cualquier otro, o ni más ni menos, justo por deberse a la intervención anímica sobre el movimiento, siquiera en tanto que sentido.

A su vez, la continuidad que entonces se atribuye al tiempo por seguir o acompañar el movimiento indiscernido del cambio, le compete no en virtud de éste (por más que como acto imperfecto equivalga justo a continuo dinamismo), sino a la relativa continuidad de la conciencia acerca del actuar anímico según el que, mediante actos discontinuos, el movimiento es conocido como cambio.

Con lo que los horas numerados como anteriores o bien posteriores, son, más bien que “distintos” en cuanto que horas, “diferentes”, y apenas según anterioridad o bien posterioridad, que es como podría el ahora “que, eso cada ocasión acaeciendo”, y en cuanto que tal por un posible acto del alma numerable como anterior y como posterior, equipararse con cierto sujeto, único y en calidad de lo mismo, aunque sujeto de sola predicación, del que entonces se predicarían no más que la anterioridad o bien la posterioridad según las que es ahora plural y diferente, al ser numerado, en diferentes “cuandos”, como distintas ocasiones u oportunidades de actividad anímica respecto del movimiento.

Al cabo, el ahora “que, eso cada cuando siendo, es el tiempo”, o temporal, podría ser sujeto respecto del tiempo o de la temporalidad, mas sujeto no más que de predicación, pues apenas en cuanto a “ser” anterior o bien posterior, es decir, en cuanto a “el ser —o, en sentido amplio, esencia, justo en lo temporal— para eso mismo —para el ahora—”, de donde sujeto en tanto que

numerable como anterior o bien como posterior, pero en virtud no de que hubiese de seguir o acompañar el moverse “que, eso cada cuando siendo, es el movimiento”, indiscernido del cambio, con lo que tampoco de que siguiera o acompañara el móvil (y desde luego no el propio movimiento), sino de la sucesión de actividades anímicas con respecto al movimiento, y de las que, a su vez, se tiene algún tipo de continua conciencia.

* * *

Por consiguiente, si el sujeto de las determinaciones temporales que cabe denominar “elementales”, la anterioridad y la posterioridad, y sujeto no más que de predicación, hubiera de ser el ahora “que, eso cada cuando siendo, es el tiempo” en calidad de número del movimiento, mas, por lo pronto, sólo en tanto que ahora numerable como anterior y como posterior, o apenas en cuanto que posible de ser numerado como anterior o bien como posterior, uno solo y siempre lo mismo, pues, cualquiera que fuese, habría de finalizar la parte temporal anterior y, a la vez o simultáneamente, de comenzar la posterior, por eso, es decir, debido a que dicho carácter, la de a la vez o simultáneamente ser fin y principio, con exclusividad es de condición mental, por eso justamente, correspondería al ahora dicha índole, la de numerable e, incluso, antes que de numerado, en lugar de sin más por acompañar o seguir el moverse en el que estribaría el movimiento indiscernido respecto del cambio de, o en, un móvil, y —moverse— “que, eso cada cuando siendo”, sería inseparable del “se movía” y del “se moverá”, más bien en vista de la distinta ocasión u oportunidad en la que versando sobre tal movimiento, como cambio, interviene, o puede intervenir, una actividad del alma, y en la medida en que de esta actividad se tiene, y, por así decir, se “guarda” algún tipo de conciencia.

Paralelamente, sólo si el movimiento se deja indiscernido respecto del cambio que en un móvil es constatado según la sucesiva intervención de la actividad anímica, cabría tomar el tiempo como accidente de acuerdo con el que de esa sustancia móvil como sujeto se predicen diversas determinaciones temporales —por ejemplo, “hoy” o “mañana”, “hace dos horas”, “enseguida” o “más tarde”—, en atención, de entrada, a la anterioridad tanto cuanto posterioridad que, a su vez, cabe predicar del ahora en calidad de sujeto, y ahora “que, eso cada cuando siendo”, habría de seguir o acompañar el moverse en el que estribaría el movimiento del móvil, pero, más bien que en virtud del movimiento, debido, con propiedad, a que respecto de éste intervienen distintos actos anímicos sucesivos, según los que se posibilita numerar tanto ese ahora cuanto ese moverse como anteriores o bien como posteriores.

Al cabo, el tiempo sería número del movimiento, y no sólo en tanto que numerado sino, incluso, en cuanto que numerable, antes que en atención al sucesivo y, supuestamente, continuo cambio de, o en, una sustancia móvil, más bien a la sucesiva intervención de la actividad del alma, por lo pronto, cognoscitiva, sobre el movimiento, y según la que éste se deja indiscernido respecto del cambio, mas en la medida en que, a la par, se tiene conciencia de los distintos actos anímicos que intervienen.

* * *

En definitiva, “el ahora que, eso cada cuando siendo, es el tiempo (*tó nûn hò pote ón estin hò khrónos*)” en modo alguno se corresponde con la sustancia móvil en calidad de sujeto, ni siquiera de sola predicación, con lo que tampoco es sujeto respecto del tiempo como accidente, pues, aparte de que el tiempo solamente sería accidente de la sustancia a través del movimiento, que, por su parte, como cambio concierne a diversos accidentes, el ahora, además, acaece antes que por seguir o acompañar el moverse en el que estribaría, indiscernido del cambio, el movimiento de un móvil, más bien por cuanto que el movimiento es notado, o es susceptible de serlo, mediante actos anímicos anteriores y posteriores según la discontinua sucesividad de la vida mental, y en cuanto que ésta sólo sobreviene junto con una, al menos posible, conciencia de que ese vivir se lleva adelante.

Desde luego en atención al móvil se conoce el moverse en el que estribaría el movimiento indiscernido del cambio —el movimiento, según Aristóteles, habría de ser, y de ser conocido, al igual que el tiempo, tan sólo en el móvil—²⁹; pero ya que el movimiento es equiparado con el cambio, ni el móvil equivaldría sin más a su moverse, pues se supone que, como sustancia, algo de él habría de permanecer inmóvil, ni, mucho menos, con el móvil a manera de sujeto del moverse se correspondería tan sólo el ahora, pues al móvil asimismo competiría cierta invariante actualidad sustancial.

Por lo que “el ahora que, eso cada cuando siendo, es el tiempo”, y que, como tal, es numerable como anterior y como posterior, se debe, incluso admitiendo que acompañe o siga el moverse en el que como cambio estribaría el movimiento de una sustancia móvil, no a la diferencia del “se mueve” con respecto al “se movía” y al “se moverá”, sino a que el movimiento, o, más ampliamente, cualquier dinámica actuosidad, y, por eso, distinta del acto perfecto cifrado en nuda actualidad, así que tanto inferior, como el movimiento físico en su condición de acto imperfecto, cuanto superior, como las actividades mentales, puede notarse a través de la sucesiva actividad del alma, de una parte, discontinua según los actos de conocimiento objetivante,

29. Cf. *Física* IV 11, 219b 17-18; 29-30.

mas, de otra, a la par, continua puesto que de distinta manera, y en distintos niveles, es en cierta medida consciente.

De donde, referida la expresión *hò pote ón* al ahora que acompaña o sigue el moverse en el que habría de estribar el movimiento como cambio de, o en, un móvil, sería reconducible a éste, al móvil, no más que si, al intelectivamente tematizar el hombre la condición del movimiento, el móvil se supone, o se da por supuesto, al extrapolarle alguna índole objetivada, y que, además, se le extrapola junto con la índole dual ahora debida a la intervención del actuar anímico, de entrada ni siquiera intelectual; aunque también si, a la par, respecto del movimiento o, en cuanto que lo acompaña o sigue, del tiempo, asimismo se presupone una magnitud continua sucesiva, por lo pronto imaginada, aunque, también, inteligida en cuanto que numerable según anterioridad y posterioridad, según la que, si de partes simultáneas, se describe, o traza, la trayectoria del móvil con movimiento, como cambio, local, mientras, consiguientemente, si de partes asimultáneas, el “curso” temporal del moverse, de esa suerte acompañado o seguido por el ahora.

Luego el carácter de *hò pote ón*, o de “que eso cada cuando siendo”, competiría no tanto al móvil, ni, menos, al movimiento, cuanto, más bien, al ahora si apenas numerable como anterior y como posterior, o posible de ser numerado como anterior o bien como posterior, pero de antemano a que en virtud del moverse del móvil, debido a una actividad anímica, al menos posible, de la que, a la par, se puede tener conciencia incluso si ya no estuviera sucediendo, y como sintiéndola pretérita mas de algún modo volviéndola a sentir, o si no se hubiera llevado a cabo, como sintiéndola porvenir y presintiéndola.

Con lo que ni el moverse del supuesto móvil, ni éste, ni, mucho menos, el ahora, serían sujeto real, o sustrato, del movimiento, o del tiempo, sino debidos a que, bajo la índole de sustancia móvil se extrapola una objetivación, equiparada con el sujeto respecto del que se predica el moverse, al paso que éste, a su vez, y por acompañarlo o seguirlo, también el ahora, podrían ser asimismo cierto sujeto de predicación respecto del movimiento o del tiempo, mas de entrada en lo concerniente a la anterioridad y posterioridad.

* * *

De esa manera, al traducir *hò pote ón* sin sustantivar el participio *ón*, o tomándolo apenas como adjetivo verbal, y con el sentido temporal del adverbio indefinido *poté*, los textos aristotélicos pertinentes pueden interpretarse como si tal expresión en directo mentara, antes que el movimiento y, menos todavía, que el móvil, a lo sumo, el moverse, aunque, justamente, desde alguna posible intervención del alma, esto es, incluso si la actividad anímica

no estuviese aconteciendo, pero con tal de que de ello se tenga conciencia, y de acuerdo con lo que sobreviene cierto instar —o una instancia— del tiempo según el ahora correspondiente a dicho tener conciencia de tal posible actuación del alma, y por más que, a la par, asimismo el ahora acaezca por cuanto que el tiempo sigue, y de este modo acompaña, el movimiento, si bien no porque el dicho ahora fuese intrínseco al moverse en el que como cambio estribaría el movimiento del supuesto móvil, sino en cuanto que susceptible el movimiento respecto de la intervención de la actividad del alma, que, a su vez, no por eso influye en el dinamismo cinético; ahora, pues, que sigue o acompaña el movimiento no tanto porque éste hubiera de estribar en el moverse de un móvil, o sin ser discernido del cambio, pues entonces el móvil queda supuesto al extrapolarle una objetivación que le permita servir de sujeto en la predicación, mientras que otra, u otras, que cambian, en calidad de atributos o predicados, cuanto porque el ahora se debe a que el actuar anímico puede acompañar o seguir el movimiento en cuanto a la nuda actuosidad de éste, o en su “estar —o ser— movimiento”, es decir, como dinamismo —mejor que acto— tan sólo en vía hacia su término, en el que cesa, de modo que, según Aristóteles, como acto imperfecto, es decir, acto que, siéndolo de manera continua, o sin detenciones, “avanza” (o, más propiamente, se *posterioriza*) sin poseer su fin, en el que acaba y termina.

Así que el ahora según el que sobre el movimiento como cambio de un móvil insta la actividad del alma, sigue o acompaña el moverse del móvil no tan sólo en virtud de discontinuos actos de percibir o de imaginar según los que se determinan diferentes partes temporales del movimiento mediante horas anteriores o bien posteriores, sino, además, en virtud de la posibilidad de tal actividad, y en tanto que, aún más, se tiene conciencia de que dicho actuar puede acontecer, o acontece, y de suerte que, por, en último término, deberse a la al menos posible, pero en alguna medida consciente, intervención del alma sobre el dinamismo en cuestión, cualquier ahora diferente es única y mismamente ahora, o uno y el mismo, de modo que cada ahora resulta posible de ser numerado como anterior o bien como posterior, pero no sin que, a la par, se tome y desde la intelección objetivante incoativa, como fin de la parte temporal anterior y, a la vez o simultáneamente, principio de la posterior, en virtud de lo que sobreviene desde luego no como inherente al movimiento ni, por consiguiente, como intrínseco al tiempo, de donde, más bien, sin ser parte temporal alguna.

Y es así como la índole dual del ahora, de un lado, uno y el mismo, mientras, de otro, plural y diferente, acaece por cuanto que se corresponde, el ahora, con sucesivos actos anímicos, mas en tanto que acompañados por el

sentir que se sienten o, incluso, que están por ser sentidos, o que se “presienten” o anticipan en tanto que expectados, y no sólo que se han sentido, o que se vuelven a sentir en cuanto que recordados, de acuerdo con la plurivalente, en lo temporal, actividad consciente de nivel sensitivo, que, en el hombre acaece sólo conjugada con el acontecer intelectual, o cabe él.

Jorge Mario Posada
Doctor Filosofía
Bogotá, Colombia
e.mail: glosaslpolo@gmail.com